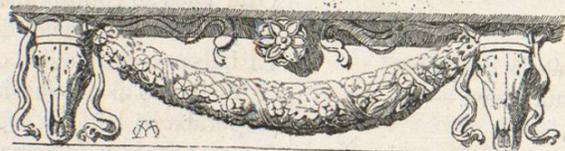


» ¡Oh adorable, oh santísima
 Misericordia!... ¡Cuánto
 Es inmenso tu manto!
 ¿Quién no debe en tu amparo confiar?
 » La gloria más espléndida,
 Oh Garceran, te aguarda,
 Si es que no te acobarda
 La penitencia que te impone Dios.
 » Corre, corre solícito
 De Leon á la sierra,
 A tu patria, á tu tierra
 De bienaventuranza eterna en pos.
 » Allí del hondo báratro
 Todo el poder confunde,
 Sus asechanzas hunde,
 Y gánate la palma angelical.
 » Con penitencias ásperas,
 Con oracion constante,
 Con fe perseverante,
 Implora la clemencia celestial.
 » Y señal segurísima
 Será de que la obtienes,
 Y que tu gracia tienes,
 Del cielo santo singular favor.
 » De una joya riquísima
 El hallazgo impensado,
 Joya que de tu estado
 Restaurará la fama y esplendor.
 » En cuanto brille fúlgida,
 El cielo serenarse,
 Y el suelo engalanarse
 De hermosos dones súbito verás.
 » Y luego una flor cándida
 A tus plantas nacida,

Te anunciará otra vida,
 Y con ella á la gloria volarás.
 » Porvenir tan magnífico
 El Señor te reserva,
 Si en penitencia acerba
 Persistes, largos años de expiacion.
 » Y en el nombre santísimo
 Del Dios Omnipotente,
 Doy á tu humilde frente
 De tu pasada vida absolucion.
 » Y ahora en tu seno estréchame
 Y al cielo bendigamos,
 Porque aquí nos juntamos,
 Desventurado Nuño Garceran.
 » Llega, sí, reconócame,
 Soy de Blanca el hermano,
 Y de tu hierro insano
 Aun las señales en mi pecho están.
 » ¡Oh juicios del Altísimo!...
 Yo soy, yo, don García,
 Que de tu saña impía
 Logré salvarme en noche tan fatal;
 » Porque Dios piadosísimo
 Me eligió en el momento,
 Para humilde instrumento
 Que te abriera el camino celestial.»
 Diciendo así aquel monje venerable,
 En cuyo labio Dios hablado había,
 El macilento pecho descubria
 Con cicatriz en él honda, espantable:
 Y Nuño en llanto de dolor deshecho,
 En su seno se lanza confundido,
 ¡Perdon!!! ¡perdon!!!... gritando arrepentido,
 Y quedan mudos en abrazo estrecho.



TERCERA PARTE

¡Ay qué aspecto tan triste y desolado
 Presenta el sitio un tiempo delicioso
 Do Nuño Garceran tuvo su estado!
 Desde el momento aciago y espantoso
 En que de sangre pura fué inundada,
 Por la trama infernal de un alevoso,
 Y por la injusta mano emponzoñada
 De un mortal fascinado y delirante,
 Cuánto la tierra aquella está mudada!

Del saúdo huracan, que en el instante
 De perpetrarse el crimen, repentino
 Descendió de los montes resonante,
 En el confuso y rauda remolino
 Huertas, mieses, jardines, perecieron,
 Y la alta encina y el robusto pino.
 Y las nubes tronantes, que envolvieron
 En ciega oscuridad toda la sierra,
 Con rayos el palacio confundieron.

Y con hondo bramar tembló la tierra,
Y el torrente del valle á los alcores,
Tornado turbio ponto, movió guerra;

Sorprendidos labriegos y pastores
Con tanta confusion y tal trastorno,
Abandonaron chozas y labores,

Y huyeron á los montes del contorno,
De aquella noche en el horror tremendo
Muerte y desolacion mirando en torno.

Tal vez que era llegada ya, creyendo,
De este mundo la fin profetizada,
Y el cataclismo universal y horrendo.

Despues cuando la cólera apiadada
De Dios, encadenó los aquilones,
Y su faz mostró el cielo sosegada;

Los cimientos no más de sus mansiones
Encontraron aquellos desdichados,
Rotos puentes, hundidos murallones,
En lodazal mefítico los prados,
O en arenal estéril convertidos,
Riscos deshechos, límites borrados.

Rasos los bosques, yermos los ejidos,
Y de volcados troncos, y maleza
Los hondos barrancales invadidos.

Del soberbio palacio la firmeza
Quebrantada, y ruina amenazando
Los restos de su gloria, y su grandeza.

Y aunque los infelices trabajando,
Tentaron restaurar su patrio suelo,
Contra desdichas tantas peleando;

Tenaz se opuso el indignado cielo,
Por miras escondidas y profundas,
A que lograsen su afanoso anhelo.

Pues sin vida las tierras infecundas
Al asíduo labrar no respondian,
Marismas sin verdor, charcas inmundas.

Con frecuente terror se repetian
Los temblores de tierra, y del torrente
A su lecho las aguas no volvian.

Y mortífero el aire, y pestilente
Con las muertas lagunas y pantanos,
Era á hombres y ganados inclemente.

Y en las desnudas cumbres y en los llanos,
Y en torno á las ruinas temerosas,
Cruzaban lentas por los aires vanos,

Hendiendo las tinieblas silenciosas,
Blanquecinos fantasmas; y se oyeron
Ayes, gemidos, voces lastimosas.

Y ya en aquel distrito no se vieron
Pájaros, ni alimañas, que desnudo,
Selvas donde esconderse no tuvieron.

En fin, su estado miserable y rudo
Triste horror á los propios naturales,
Y amargo desaliento inspirar pudo.

Y abandonando aquellos cenagales,
De las ruinas y escombros retiraron
Utensilios, maderas y metales.

Pero por más que ansiosos procuraron
Hallar la imágen de la Virgen Santa,
Que en la hundida capilla veneraron,

Y revolvieron de ella hasta la planta,
Nególes misterioso el alto cielo
Alivio tal en desventura tanta.

Y con este dolor y desconsuelo,
En afligidas turbas de la tierra
Emigraron, buscándose otro suelo;

Dejando de su patria y de su sierra
Tal fama en los contornos, que hasta el nombre
De aquel estado como infausto, aterra.

Y no hay á quien de léjos no le asombre,
Y nadie osa acercarse á su distrito,
Do en treinta años el pié no estampó un hombre
Del Señor reputándolo maldito.

Volviendo de Compostela

A donde se fué don Nuño,
Antes de empezar la vida
Que su confesor le impuso;

A orar del patron de España
En el sagrado sepulcro,
Y á pedir al cielo ayuda
Con tan poderoso influjo;

Peregrino, penitente,
Escuálido y taciturno,
De tosco sayal vestido,
Con nombre vulgar y oscuro;

Despues de fatigas grandes,
Despues de trabajos muchos,
Despues de treinta y tres años
Que ha vagado por el mundo;

Cuando de él nadie se acuerda
Ni de él habla más el vulgo,
De su estado en los linderos
El pié descarnado puso.

Y reconociendo apénas
De aquellas lomas los bultos,
Y los sitios do la infancia
Feliz y tranquila tuvo,

Extiende la ansiosa vista
Buscando recuerdo alguno:
Y no le hallaron sus ojos,
De amargas lágrimas turbios.

Detiénese horrorizado,
Acobárdase confuso,
Y echa ménos los desiertos
De la otra parte del mundo.

Y casi, casi espantado
Del deber que allí le trujo,

Vaciló, dudó, y la planta
A volver atrás dispuso.

Mas ayudado y repuesto
Por la mano del Sér Sumo,
Empezó su penitencia
Avanzando resolutivo.

Cruza horrendos pedregales
Donde ántes bosques robustos,
Y cenagosos pantanos
Donde productores sulcos.

Y en vez de risueños riscos
Vestidos de hiedra y musgo,
Ve montes de tosca arena
Y barrancales profundos.

Ni reconoce el torrente,
Que ha trastornado su curso,
Y turbio se rompe y salta
Entre peñascos desnudos.

Y cuando al valle descende
El asombrado don Nuño,
La gran soledad le aterra,
Le da el gran silencio susto.

En el lugar do el antiguo
Palacio alzaba sus muros,
De almenaje coronados,
Y de pomposos escudos,

Ve horrendo monton de escombros,
Que forman informe bulto,
Sin dejar de lo que han sido
Rastro ni indicio ninguno.

Pero ¡ay triste! reconoce,
Por un misterioso impulso,
El funesto sitio, donde
De la virtud fué verdugo.

Ni sombra del jardin queda,
Pero el sitio donde estuvo
El cenador reconoce
En medio del campo inculto.

Pues hay un breve cuadrado,
Donde sólo de fecundo
Da señal aquel terreno
Tan árido, y tan desnudo.

Está cubierto de césped
Aljofarado, y no mustio,
Do silvestres florecillas
Ostentan frescos capullos.

Juzgárase algun tapete
De caprichoso dibujo,
Que allí se dejó olvidado
Perdido viajero turco.

O un oasis en miniatura,
Invisible, y breve punto,
Que el gérmen de vida guarda
De aquel inmenso sepulcro.

Nuño Garceran presume,
Por alto celeste influjo,

Que allí descansan los restos
De aquel ángel, que fué suyo.

Y la faz contra la tierra,
Horrorizado, convulso,
Lanzando del hondo pecho
Gemidos, y ayes profundos,

Llora, reza, pide, espera,
Teme, duda, y en agudos
Gritos prorumpe, que el eco
Repite en sonos confusos.

Y al cabo exánime, yerto,
Tendido, sin voz, sin pulsos,
Allí pasó largas horas,
Aun más que vivo difunto.

En una profunda cueva,
Que los trastornos pasados,
Al desplomarse dos riscos
Entre uno y otro dejaron,
Halló el nuevo penitente
Para las noches reparo;

Y de ella hizo la morada
Donde pasó luengos años.
Trazó una rústica cerca
En torno del breve espacio,
Que depósito juzgaba
De los restos adorados.

Y una cruz rústica en medio
Hecha de dos secos ramos
Levantó, y allí de hinojos
Deshacíase llorando.

Referir las privaciones,
Los tormentos, los quebrantos,
Los temores, las vigilias,
Los sustos, los sobresaltos,

Que en aquel inculto yermo,
Que en aquel desierto campo,
Padeció constante y firme
El arrepentido anciano,

Fuera no acabar. Las noches
Las pasaba circundado
De espectros y de fantasmas,
De visiones y de trasgos.

Y si con fervientes rezos
Conseguía disiparlos,
Y dar á su cuerpo débil
Un momento de descanso;

Ya los ecos del torrente,
Ya el rumor del viento vago,
Ya de las aves nocturnas
Los alaridos infaustos,

Llegaban á sus oidos
Como clamores humanos,
Su breve y ligero sueño
Interrumpiendo y quebrando.

La mayor parte del día
La pasaba prosternado
De doña Blanca en la tumba,
Hecho el corazón pedazos.

Y si acaso recorría
Valle y monte solitarios,
Los recuerdos de su infancia,
Y las dichas de otros años,

Y de sus tiernos amores
Las delicias y los lazos,
Eran tormento espantoso
De su pecho destrozado.

Ni dejó de perseguirlo
El infierno, separarlo
Queriendo de aquella senda
De penitencia y de llanto;
Presentándole á la vista
Ya temores, y ya halagos,
Ya memorias importunas
De orgullo, poder y mando.

Cuántas veces al lúgubre
Morir de hermoso día,
Cuando en vapores féridos
Su melena envolvía,
Como cadáver pálido
El moribundo sol,

Y de celajes lívidos
De grana perfilados
Adornaba la atmósfera,
Tiñendo los nublados
Al ocaso más próximos
De nítido arrebol;

El penitente tétrico,
Sobre un risco eminente,
El rostro melancólico,
Inclinada la frente,
Por un inmenso cúmulo
De recuerdos vagó.

Y girando su espíritu
De la memoria en brazos,
Por las pasadas épocas,
Cual pudiera en los lazos
De ensueño profundísimo,
Presentes las miró.

En la niebla que alzabase
La llanura borrandando,
Y en las sombras fantásticas,
Que iban los montes dando,
Vió con ojos atónitos
Trasformaciones mil.

Ya los ricos alcázares
De la gentil Granada,
Y cual su hueste intrépida
Triunfaba, entusiasmada
Con el pendón católico,
Orillas del Genil.

Del combate el estrépito
Y el gran rimbombé oía,
Y las banderas árabes
A sus plantas veía,
Y su celada fúlgida
Ornada de laurel.

Se hinchaba su alma mísera
Con la antigua victoria,
Anhelaba frenético
Nuevos días de gloria:
Y las artes diabólicas
Casi triunfaban de él.

Ya mudándose rápida
Aquella vista extensa
Del borrascoso Atlántico,
Ve la llanura inmensa,
Y alzar sus ondas túrgidas
Bramando el aquilon;

Y cruzar impertérrita
Una nave española
Aquel airado piélagos,
Frágil, cascada, sola,
Pero firme, que animala
El alma de Colón.

Él, dentro de ella júzgase,
Y que miran sus ojos
Del nuevo mundo incógnito,
Entre celajes rojos
La tierra feracísima,
Cual él la descubrió.

Y luego ve las hórridas
Batallas fabulosas,
De bárbaros sin número
Las huestes espantosas,
Y oye los terroríficos
Atabales, que oyó.

Y al fin ve á la gran Méjico,
La reina de Occidente,
La orgullosa, la espléndida,
Humillar la alta frente
Del General hispánico,
Que él ayudó, á los piés.

Y vese en tan magníficos
Combates el primero,
Y goteando cálida
Sangre su noble acero,
Y aplaudirle los héroes,
Y el mismo Hernán Cortés.



Y la espada fulmínea
Y la lanza echa ménos,
De cañones horribiosos
Ansia escuchar los truenos
Otra vez, y averguéñase
De su humilde sayal;

Pues su alma ensoberbécese
Y casi triunfa de ella,
Y sus santos propósitos
Confunde y atropella
El aliento satánico
De espíritu infernal.

Mas el celeste espíritu
Que en torno de él volando
Lo defiende solícito
Del diabólico bando,
Con sus alas angélicas
Le tocaba la faz.

Y en sí tornando, trémulo
Al Señor invocaba,
Y con acerbas lágrimas
Su piedad imploraba
Contra las artes pérfidas
Del infierno tenaz.

Y armándose con ásperos
Cilicios, y oraciones,
Tales escenas mágicas,
Y tales tentaciones,
Y visiones malélicas
Al cabo disipó.

Y persistiendo impávido
En santa penitencia,
El perdón de sus crímenes
Y limpiar su conciencia
De tantas nubes lóbregas
Venturoso logró.

Mas no desiste el espantoso infierno
De combatir las almas que el Eterno
Elige para sí.

Y torna furibundo á la pelea,
Aunque mil veces destrozado sea,
Como ya lo fué allí.

En Garceran con nuevas tentaciones
Y falaces recuerdos, y visiones
Tornó mano á probar.

De la Misericordia soberana,
Que es tan inmensa con la raza humana,
Haciéndole dudar.

Y en las noches silenciosas
Turbaba con espantosas
Voces á aquel desdichado,
Dejándole en el estado
Que no es velar ni dormir.

Y el infelice creía
Que un mar de sangre veía,
Que la caverna inundaba,
Y que *venganza* sonaba
En su espantoso rugir.

Y que una mujer hermosa
En él nadaba angustiada,
Con el postrimer anhelo
Venganza pidiendo al cielo
Del monstruo que allí la hundió.

Y reconocía en aquella
Infeliz á Blanca bella,
Y en sí mismo al monstruo insano,
Que en el sangriento Oceano
Brutal la precipitó.

Al grito de la cuitada,
Con horrenda carcajada
El infierno respondía,
Y *venganza* repetía
Con aplausos de furor.

Y él entonces imaginaba,
Que al cielo humilde invocaba;
Pero que el cielo indignado,